

## EL CONGRESO

La locomotora silba al entrar en la estación y, lentamente, se detiene. Catherine, maleta de piel marrón en mano... se apea. No conoce la capital, pero Gabrielle le ha dado indicaciones claras para ir desde Montparnasse hasta su casa, que se encuentra en el número 146 de la avenida Émile Zola. Desde que está en esta lucha, el corazón de Catherine ha vuelto a latir. Le gustaría haber estado en el congreso de 1915. Nada hubiera cambiado, pero llevaría mejor este dolor. En el fondo se siente culpable, todos somos culpables, piensa Catherine.

Ha tomado correctamente el boulevard Pasteur y tiene que llegar hasta la place Cambronne, una plaza estrellada, de la que parten muchas calles. Hasta allí no hay problema, prácticamente seguir recto.

Según avanza bajo los árboles de la avenida, su mente vuela al pasado, junto a Paul, en Normandía: una puerta de hierro forjado en un muro cubierto de musgo verde; un camino de losas serpenteando entre el césped hasta la casa de piedra rodeada de rosas, hortensias, margaritas y camelias. A un lado del camino, el pozo con un trisquel en la tapa; al otro, la cruz celta, y detrás de la casa, el roble centenario dando sombra a una mesa de madera, sentados a la mesa... Paul y ella. A sus pies, durmiendo, Topacio, lo llamaron así porque es de color canela. Unas ocas blancas correteando. Y al fondo, el cielo y el océano.

Pero llegó aquella carta del gobierno, llamando a filas. Y vino el coche negro. Lágrimas y abrazos, y más lágrimas. Durante meses, cartas. Luego silencio, y la notificación oficial de “DESAPARECIDO”. Horas y horas pasó Catherine leyendo aquella palabra. No lo podía creer, no lo podía entender. ¿Esa palabra significaba muerto?, ¿o no?

Guardó la notificación, y puso la última carta de Paul junto a su corazón. Siguió esperando cada día al cartero que nunca traía nada. Una densa oscuridad iba impregnando sus días. Era como si la vida dejara, poco a poco, de latir. Solo hallaba consuelo junto al mar, con el sonido de las olas o bajo el roble, con el murmullo del viento entre las hojas. En su mente, unos versos de Víctor Hugo. Unos versos que hablan de dolor y de muerte:

Demain, dès l'aube, à l'heure où blanchit la campagne,  
Je partirai. Vois-tu, je sais que tu m'attends.  
[...]  
Je ne regarderai ni l'or du soir qui tombe,  
Ni les voiles au loin descendant vers Harfleur,

Et quand j'arriverai, je mettrai sur ta tombe  
Un bouquet de houx vert et de bruyère en fleur.<sup>1</sup>

Víctor Hugo partía hacia el oeste, a Normandía, camino de la tumba de su hija, ahogada en el Sena, con diecinueve años.

Catherine lo hizo hacia el este, a Lorena y llegó a Verdun, donde había sido destinado Paul, de donde nunca regresó.

Buscó en los hospitales... entre los inválidos, entre los amnésicos. Pero nada. Buscó en los archivos, hasta el último legajo. Quería encontrar su nombre, aunque fuese en uno de esos cementerios de guerra. Catherine los ha visitado. Campos infinitos de cruces blancas, hasta donde la vista alcanza, donde el alma se encoje y guarda silencio. Quería, al menos, una tumba donde poner un ramo, donde poder llorar, donde poder hablarle, aunque él no contestara. Pero tampoco.

En los archivos departamentales de la Meuse, en Bar le Duc, conoció a Jeanne Leclerc, viuda y responsable de los archivos de guerra, y es que no quedaban hombres ni para los hogares ni para los despachos. “Desaparecido” le habían dicho también a Jeanne. Seguramente perdidos entre otros cientos de miles en el lodazal de Verdun o amontonados en el osario de Douaumont. El dolor las unió, y Jeanne le presentó a Gabrielle Duchêne, miembro de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad. Catherine descubrió, entonces, un mundo tenazmente silenciado y se enteró de que en 1915, en la Haya, se habían reunido más de mil mujeres para pedir la Paz. Apelaban al sentido común de los hombres de estado. Que acabara aquel disparate de muerte y destrucción, eso pedían. Traidoras, las llamaron, y el desastre continuó. Así que se organizaron en una liga. Mientras tanto, Catherine vivía esperando la siguiente carta; acechando, en vano, al cartero. En realidad, en el fondo, no creía que Paul pudiera estar muerto. Iván Ilich... ese nombre se repite en su mente sin cesar.

---

<sup>1</sup> Traducción:

Mañana al alba, cuando blanquea el campo,  
partiré. Ya lo ves, sé que tú me esperas.  
[...]  
No miraré ni el oro de la tarde que cae,  
Ni las velas a lo lejos que descienden hacia Harfleur  
Y al llegar, pondré sobre tu tumba,  
Un ramo de acebo verde y de brezo en flor.

Catherine llega a una plaza estrellada, es la Place Cambronne. Por encima de los árboles y los tejados ve la Tour Eiffel, engalanada para la fiesta del 14 de julio. Catherine busca la rue Frémicourt que no es muy larga y lleva directamente hasta la avenida Émile Zola.

...Iván Ilich. La muerte es de los demás, hasta que llega, y nos toca ¿Y ahora qué? Una vida llena de nada. Al menos, queda la Liga. Luchar, aunque solo sea para no sentirse culpables. Mañana tomarán el tren para Viena. Evitar la siguiente guerra, eso es lo que intentan, porque con el tratado que han firmado en Versalles, hace dos años, lo único seguro es que habrá otra. Tarde o temprano.

El número 146. Una puerta de hierro negro y cristal entre dos columnas de piedra, un edificio elegante. Catherine informa a la portera que va a casa de Mme. Duchêne. Una escalera de madera encerada la conduce hasta el primer piso. Gabrielle y Jeanne la reciben con abrazos; y le enseñan, con orgullo, el cartel del Congreso.



Lola Andrés P.